

ENTREVISTA
AL DR. RAMON GARRABOU SEGURA
DIRECTOR DOCTORADO
EN HISTORIA ECONOMICA
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE BARCELONA

*Carlos Hernández Rodríguez**

*Ronny J. Viales Hurtado***

Presentación: La Revista de Historia ofrece a sus lectores una amplia e interesante entrevista realizada a Ramón Garrabou, Director del Doctorado en Historia Económica de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Ramón Garrabou, prolífico autor, Catedrático de Historia Económica de la Universidad Autónoma de Barcelona,

* Licenciado en Historia. Especialista en historia social del trabajo. Actualmente cursa estudios de Maestría y Doctorado en Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona.

** Magister Scientiae en Historia. Actualmente cursa estudios de Maestría y Doctorado en Historia Económica en la Universidad Autónoma de Barcelona y en la Universidad de Barcelona.

miembro fundador del Seminario de Historia Agraria -SEHA- y activo promotor del “Noticiero de Historia Agraria”, en la actualidad desarrolla investigaciones en el campo de la historia agroecológica.

El lector encontrará a continuación un variado contrapunto de tópicos relacionados con la historia económica en general, la evolución de la disciplina histórica y los retos del futuro inmediato para la historiografía española. A partir de estas ideas se pueden establecer interesantes paralelos con la evolución de la historiografía latinoamericana.

*Entre el atraso económico y la agricultura sostenible.
Tendencias en el estudio de la historia rural
contemporánea*

R.H. Recientemente se realizaron en Costa Rica una serie de balances sobre el estado de la investigación histórica en diversas áreas. Se tuvo ocasión de constatar que la historia económica había perdido algún terreno, al igual que otras temáticas, lo cual pareciera no ser una situación exclusiva de nuestro país. ¿Cómo valora usted este hecho en el contexto de la historia económica en general?

R.G. Efectivamente esta es una impresión que se puede ampliar al mundo historiográfico europeo. La gente del gremio también piensa que el protagonismo que había tenido la historia económica en las décadas de 1960 y 1970 empieza a declinar desde 1980 y parece que todavía no se ha recuperado. ¿Cómo se explica esto? En parte se explica por el mismo proceso de implantación de la historia económica en el ámbito universitario a raíz de toda una etapa de crecimiento económico de los años 50, del proceso de industrialización ampliada en muchos países europeos, de las zonas de nuevo crecimiento económico y de la literatura que esto genera. Hasta cierto punto las diversas escuelas historiográficas estaban de acuerdo en una valoración positiva del progreso económico, desde el marxismo a la historiografía liberal. Toda esta construcción terminó por desmoronarse con la crisis de los años ochenta, situación que arrastra también a la historia económica.

Es entonces cuando comienzan a surgir la “historia de las mentalidades” y otras áreas de la historia que pretenden tener una mayor capacidad explicativa que los elementos económicos, es decir, hay un doble proceso, no sé si de regresión, desde el marxismo que había pecado de hacer planteamientos muy esquemáticos, al igual que el planteamiento liberal. Yo diría que hay ahora menos dogmatismo del que había en la historia económica en los años setenta u ochenta, al menos en la historiografía. Curiosamente el fundamentalismo historiográfico es más frecuente encontrarlo en la historiografía liberal, fenómeno paralelo al proceso de sacralización del mercado que caracteriza este final de siglo. Es cierto que con la difusión de planteamientos “institucionalistas” la historiografía liberal ha introducido algunos matices interesantes, pero en gran medida en sus enfoques el mercado sigue siendo el único factor explicativo relevante.

En casos como el de Pedro Tedde, Gabriel Tortella o el mismo Leandro Prados es clara una mayor influencia de las cuestiones institucionales, lo cual libera un poco de la aplicación de modelos típicamente neoclásicos. Con todo, en España la corriente “neoliberal”, muy vinculada a lo que fue la “Nueva Historia Económica” (que más que nueva ahora es anciana), sigue teniendo un cierto predicamento que aún hace ilusión a algunos sabios del gremio que han tenido apoyo institucional importante, sobre todo durante la época de gobierno socialista en España.

R.H. Sin embargo, sería pertinente aclarar ¿a qué nos referimos cuando hablamos de un “enfoque institucional”? ¿Cuál es el aporte de este enfoque?

R.G. Para los historiadores es evidentemente un término impreciso. En el campo de la teoría económica existen, desde hace décadas, corrientes en principio marginales que con respecto al enfoque oferta-demanda consideran que este modelo no es suficiente para explicar la dinámica económica, sino que juegan un papel importante las “instituciones”, es decir, derechos de propiedad, organizaciones económicas, jurídicas o sociales que permiten reducir los costes de transacción. En el campo historiográfico D. North ha sido uno

de los impulsores de este enfoque, aunque sus planteamientos están muy sesgados por la obsesión con el mercado y por el planteamiento de la actuación de individuos optimizadores.

Un ejemplo concreto es el de Pedro Tedde cuando reinterpreta desde esta perspectiva la “revolución liberal” –la revolución agraria española del siglo XIX– presentando este proceso como una de las causas del atraso económico del siglo pasado en España. ¿En qué sentido? Argumenta que la inseguridad sobre la propiedad era tan grande que desanimó a los propietarios a invertir. Por lo tanto, el atraso vendría por “las imperfecciones” de la revolución liberal que no dio garantías suficientes ni a los propietarios, ni a los empresarios para invertir. Pero si había un país en el mundo donde los propietarios tenían más seguridades, me parece que era España.

La corriente “neo-institucional” permite introducir el papel del Estado. También hay enfoques institucionales menos rígidos. En España, por ejemplo, J. M. Naredo está realizando la publicación de obras de diversos economistas de gran interés para establecer los cimientos de una teoría económica desde una perspectiva ecológica. Muchos de estos utilizan un planteamiento institucionalista de mayor potencial que el neoliberal, que en alguna medida permite recuperar las formulaciones de los años sesenta y setenta en torno a una *historia total*, en la que se cruzan factores económicos, sociales y políticos.

De la mano de P. Vilar la *historia total* había tenido una gran influencia en nuestro país. Actualmente nadie utiliza estos conceptos; sin embargo creo que ahora la historiografía radical de nuestro país ha aprendido algo y está en mejores condiciones de acercarse al objetivo de producir un conocimiento histórico en el que los factores económicos actúan y son modificados a la vez por factores sociales, políticos y culturales.

R.H. Su campo de trabajo ha sido la “historia agraria” Pero ¿cómo definiría Ud. esta área de estudios? ¿Existen diferencias significativas con lo que se ha dado en llamar la “historia rural”?

R.G. Yo creo que no hay diferencias significativas. En España me parece que hay una cierta tradición de hablar de “historia agraria” para referirse a cualquier análisis del mundo rural. Inicialmente hubo mucha influencia de la historiografía francesa.

R.H. ¿Desde cuándo más o menos?

R.G. Ciertamente algunos aspectos de la historia agraria tienen una larga tradición. Por ejemplo, cuando los medievalistas estudiaban el feudalismo se interesaron fundamentalmente por las instituciones, entendidas en sentido más estricto como las que utilizan los historiadores del derecho (sistema hereditario, las cuestiones municipales, poblamiento, estatuto jurídico del campesinado) pero sin duda en muchos de estos trabajos hay análisis interesantes de la sociedad medieval. El mismo Vicens Vives –el gran maestro de muchos historiadores de la economía de España– hizo aportaciones notables a la historia agraria en sus trabajos sobre las luchas de los campesinos a fines de la Edad Media. De todos modos diría que la historia agraria (o la historia rural) empieza en los años sesenta, sobre todo con E. Giralt que es un discípulo de Vicens Vives.

El interés por el análisis del pasado del mundo rural ha continuado hasta estos días, pero su objetivo no es hacer exclusivamente la historia de los cultivos y de las técnicas, sino la historia de la sociedad rural, por lo que quizá se definiría mejor como “historia rural”. Sobre todo desde que hace unos años se ha tomado conciencia de que en las sociedades tradicionales la actividad agrícola no era plenamente suficiente para garantizar la reproducción. Buena parte de las sociedades campesinas alternaban la actividad estrictamente agrícola o agraria con otras actividades de servicios relacionadas con el marco industrial, lo que plantea la existencia de la pluriactividad. Diría que hay conciencia de que tenemos que hablar de sociedades –de historia rural más que de historia agraria–; no solo de la base económico-productiva, sino de movimientos sociales, familias, solidaridades, instituciones.

Las sociedades agrarias de “agricultores” son un fenómeno del siglo XX. Históricamente lo más común ha sido

un tipo de sociedad en que el trabajo agrícola alternaba con la caza, la recolección, el transporte, el trabajo industrial, la pluriactividad en definitiva. Es con el capitalismo y la consiguiente especialización que los agricultores lo son a tiempo completo. Antes los campesinos alternaban períodos de producción y desocupación, y en esta medida el paro empieza con el capitalismo. La misma idea de paro no existía.

R. H. En el debate sobre las causas del atraso económico español –inserto en la convergencia actual entre España y la Comunidad Económica Europea– se le ha otorgado un gran peso al denominado inmovilismo de la “agricultura tradicional” como agente causal. ¿Cuál es su posición en este debate? ¿El cambio técnico es un determinante de la evolución de la agricultura?

R.G. A este tema le he dedicado bastantes páginas. Al principio fue difícil que admitieran mis argumentos y los de otros colegas, en particular el Grupo de Estudios de Historia Rural. Nuestros planteamientos generaron malentendidos con la gente conservadora y con la gente de izquierda, porque el “atraso agrario” era una pieza que encajaba dentro de la interpretación más tradicional. Iba muy bien encontrar un responsable. Para explicar la lentitud del proceso de industrialización español se responsabilizó al sector agrario “atrasado”, poco dinámico, que no presionaba la demanda para el desarrollo de la industrialización. El conservadurismo de los grandes propietarios servía para explicarlo todo, incluso el franquismo. Todo encajaba.

Cuando se comienza a cuestionar este tipo de planteamiento, fundamentalmente el concepto de “atraso agrario”, se constató la existencia de muchas resistencias. En realidad la noción de atraso estaba muy enraizada en la sociedad española. Había empezado a desarrollarse desde fines del siglo XIX, cuando se tomó conciencia de que España había dejado de ser una gran potencia, que no se industrializaba y, en definitiva, que tenía dificultades para integrarse de manera fluida al mundo capitalista. Fue entonces cuando empezó a cuajar esta interpretación del atraso y la producción historiográfica ha estado fuertemente impregnada de

esta noción, cuyo núcleo era el comportamiento de una oligarquía de terratenientes que en último término había bloqueado el desarrollo de la modernidad en España.

En último término, en este esquema todo se explicaba porque el gran propietario —se insistía en su carácter nobiliario— mostraba poco interés por modernizar el sistema productivo. Se habló de revolución burguesa fracasada o inexistente, pero cuando empezamos a mirar archivos patrimoniales nos pareció que el comportamiento de estos propietarios no estaba tan alejado del productivismo capitalista. Se observaba que realizaron intentos de introducir los tipos de tecnologías que habían permitido el crecimiento agrario en Europa, pero que eran difícilmente aplicables. En este contexto que acabo de dibujar, nos replanteamos las interpretaciones convencionales y encontramos que el sector agrario había crecido, que hubo intentos de modernización de la producción agraria y que se obtuvieron algunos resultados, aunque fueran menos espectaculares que los alcanzados en otros países.

Una de las piezas del esquema tradicional se desmoronó cuando se observó que si el sector agrario no evolucionó y no creció en la misma medida que en el resto de Europa, fue porque en estos países el crecimiento agrario en el siglo XIX fue posible por la aplicación del “modelo inglés”, un modelo tecnológico apto para países con elevada pluviosidad que con la supresión del barbecho, y con una rotación de cultivos posibilita superar uno de los factores limitantes más graves de la agricultura tradicional, la escasez de nitrógeno. Al mismo tiempo permite el crecimiento ganadero con lo que se produce una interacción armónica entre producción agrícola y ganadera. Hubo intentos de aplicar este modelo en España, pero fue un fracaso.

La supresión del barbecho en gran parte de la geografía peninsular no era posible debido a la elevada aridez que impide el crecimiento de las plantas forrajeras que permiten fijar el nitrógeno atmosférico. Hasta fines del siglo XIX agrónomos y administración pública presionaron para que se introdujeran estas técnicas y por parte de algunos propietarios se hicieron algunos ensayos. En algunas ocasiones estos intentos de modernizar las prácticas agrícolas obedecían a la

búsqueda de legitimación social de la propiedad territorial. En un mundo capitalista no bastaba con que el propietario continuara con sus prácticas paternalistas; para ser reconocido como elite dominante tenía que ser innovador en las técnicas agrarias. A pesar de estos cambios de actitud, los resultados fueron pobres debido a que el tipo de cambio técnico que había sido la base de un importante crecimiento en otras áreas europeas, tenía pocas posibilidades dadas las condiciones naturales de gran parte de la península.

Hay que tomar en cuenta las limitaciones geográficas sin caer en determinismos: cada propuesta o cada matriz tecnológica tiene un campo de aplicación, no hay unas tecnologías universales y la producción agraria en concreto está condicionada por el medio natural, otro de los aspectos que la historia rural española y europea habían olvidado. En las interpretaciones se partía del supuesto –siguiendo planteamientos neoclásicos– de que en cualquier momento un empresario tenía a mano todo tipo de tecnologías y podía optar por la más eficiente.

Por otro lado, no hay que olvidar que el referente tanto agronómico como historiográfico fue la agricultura atlántica y todo lo que se apartaba de él era considerado como tradicional y atrasado. Así, la mejora y el avance de la agricultura se medía en función de los rendimientos de los cereales y de la producción ganadera. Como en España los avances en estos campos fueron escasos, se tendía a interpretar de forma pesimista la producción agraria española, sin tener en cuenta la expansión de los cultivos arbustivos y arbóreos (vino, aceite, frutales) o de las hortalizas.

En términos abstractos, había posibilidades de mejorar aún más la producción y la productividad, pero faltó una mayor participación del Estado en la incorporación de nuevas tecnologías disponibles. Era muy difícil que la agricultura española creciera al mismo ritmo que la inglesa, dadas las condiciones históricas y geográficas de este país.

Estos resultados de la investigación nos obligaron a replantear algunos elementos de la tesis del “inmovilismo agrario español”. Recuerdo discusiones con Josep Fontana en las que argumentaba que con estos planteamientos estábamos justificando a las elites y a los grupos dominantes.

No sé si los estábamos justificando o no, pero si uno los quiere juzgar tiene que hacerlo por lo que hicieron o podían hacer y no por lo que no hicieron o no podían hacer. Debemos criticarlos si no estamos de acuerdo con ellos, porque se apropiaron de los comunales, de las tierras y porque establecieron contratos muy leoninos con los campesinos, pero no por el hecho de que se mantuvieran aferrados al pasado con una mentalidad feudal, u otros argumentos parecidos.

R. H. Siguiendo esa nueva visión del comportamiento de la agricultura y de la industria en el caso español, ¿qué peso le podemos dar al autoconsumo y al trabajo familiar en el comportamiento de la economía española?

R.G. Creo que esto se tendría que precisar cronológicamente, pero si hacemos una visión general de los siglos XVIII al XX, encontramos que durante mucho tiempo coexistía la producción para el consumo y la destinada al mercado. El problema está en precisar cuándo desaparece esta situación. Yo diría que el autoconsumo empezó a declinar a mediados del siglo XIX, cuando se profundizó la especialización y se pudieron comprar en el mercado productos alimentarios, pero no desapareció completamente hasta mediados del siglo XX.

La cronología e intensidad de este proceso dependió de muchos factores, desde las formas de producción y propiedad, la potencialidad productiva hasta las posibilidades de integración en los circuitos mercantiles. Por lo menos en el caso de Cataluña, donde hubo una fuerte especialización en viticultura, aún en el siglo XIX se acostumbraba sembrar un poco de trigo en las viñas como cultivo complementario, y esto en zonas muy vinculadas al mercado. En otras zonas con policultivo más diversificado, el autoconsumo continuó teniendo más peso.

Uno de los elementos que sirve para identificar una economía capitalista es un alto nivel de mercantilización, pero el proceso de integración en los mercados –tanto de productos como de factores– es lento. Cuantificarlo para mí es complicadísimo. Hemos hecho algunos ejercicios para

intentar conocer el grado de autoconsumo y de vinculación al mercado de familias campesinas en algunas zonas de Cataluña. Hemos establecido algunos supuestos para determinar los ingresos familiares a partir de la superficie de cultivo poseída, llegando a la conclusión de que estas familias con lo que obtenían de su parcela no podían cubrir los gastos mínimos de subsistencia. Si no hubieran podido contar con otros ingresos, las tasas de mortalidad hubieran sido muy altas. Como esto nos muestra, es razonable pensar que disponían de otras fuentes de ingresos que podían proceder de la misma explotación o del mercado.

Lo que tengo muy claro es que el autoconsumo, que perdía peso conforme se articulaba una economía capitalista, continuó teniendo cierta importancia hasta el siglo XX. Esta disminución de las posibilidades de autoconsumo constituyó una causa del fenómeno migratorio al aparecer otros patrones de consumo que no se pueden asegurar de la manera tradicional.

R.H. Sobre todo para el caso de algunos estudios de Historia Social se ha planteado en los últimos tiempos la posibilidad de análisis de redes sociales o relacionales. ¿Qué opinión le merecen estas tentativas de reexploración o replanteamiento del proceso de formación de clase? ¿Ha resultado útil esta alternativa de trabajo en el caso del mundo rural?

R.G. El tema de las redes relacionales se ha abordado provechosamente en el caso de los estudios agrarios. Han aparecido trabajos respetables elaborados desde distintas perspectivas. En particular, se ha puesto en evidencia que una de las insuficiencias de la historia agraria era trabajar con un concepto de campesinos muy etéreo, donde la entidad familiar no existía. Desde la historia rural el tema de la estructura familiar parece manejarse mucho hoy día y dentro de este nuevo planteamiento la historia de género empieza a tener –y debe tener– mayor peso.

El papel de estas redes familiares, el papel de la mujer, tanto si se mantenía en el mundo rural como si emigraba temporalmente, son cuestiones que están interesando a muchos investigadores. El trabajo de Carmen Sarasúa, por

ejemplo, analiza estos aspectos. En una de sus publicaciones analiza la emigración de las mujeres cántabras al mercado de Madrid como amas de crianza de los niños de las clases burguesas de esa ciudad. Constató, por ejemplo, que los ingresos que estas mujeres obtenían mientras duraba la lactancia de los bebés, servían luego para comprar la vaca, que era la base de la economía de Cantabria. Con ello mostraba el papel fundamental de la mujer en la dinámica de la producción.

Es importante recalcar que aunque el fenómeno urbano sea un fenómeno reciente, el contacto entre ambas esferas es mucho más fluido y dinámico de lo que usualmente se plantea. Las migraciones temporales son relativamente frecuentes; por lo tanto, no se puede aislar el mundo rural pensando que está desvinculado del mercado. Hemos hablado de autoabastecimiento, un concepto que Maurice Aymard ha explicado de forma sugerente, pero siempre en relación con un determinado tipo de mercado. Como mínimo en el caso europeo muestra como mercado-dinero, mercado-trabajo, mercado-producto han existido desde la Edad Media, y por tanto no es un fenómeno exclusivo del capitalismo. En todo caso lo que sí se modifica es el tipo de mercado. En estos casos que analiza Aymard, estamos muy lejos de un mercado competitivo. En relación con las migraciones temporales españolas al mercado de trabajo se ha trabajado poco. Al menos en el caso de Cataluña el mercado de trabajo agrícola ha tenido poca importancia. Se ha llegado a la conclusión de que el criado, el mozo o la criada, más que una situación estable de clase constituyen una situación que se da en función del ciclo biológico de la familia: cuando había muchos hijos una forma de aliviar la carga alimentaria de la familia numerosa era ceder un hijo o una hija como criado o criada a una familia que estuviera en otro ciclo vital. Sobre todo en Cataluña, a pesar de que existía una distribución desigual de la propiedad, había un estrato significativo de propietarios medianos y pequeños. Entonces, las familias con algún tipo de excedente de trabajo cedían temporalmente a sus hijos menores para que trabajaran como criados o criadas.

Esto generó una red de contactos que explica las posibilidades de reproducción económica y cuestiones de vital

importancia como los flujos de capital humano y cultural. En una de las fuentes patrimoniales que hemos utilizado, el propietario le pedía al administrador el precio de coste de los productos, así como una criada y/o una ama de leche. Es indudable que esto le daba una fluidez enorme a las relaciones. Si se comprueba que existen tales elementos, se evidencia la importancia de la dimensión familiar, aunque desgraciadamente la documentación es muy opaca y las fuentes administrativas dicen muy poca cosa al respecto.

Existen muchas evidencias de que el planteamiento de la problemática familiar es imprescindible y de que se fijaban redes muy estrechas. Recuerdo algunos trabajos referentes a la zona vitícola del Penedès, la gran productora de cava. Josep Pujol acaba de publicar un artículo sobre la empresa "Freixenet", cuyo propietario amplió los contactos para tener garantizada una oferta de mujeres vendimiadoras. Las redes abarcaban regiones distantes, incluidas Zaragoza y Valencia, a las que se acudía para tener el justo aprovisionamiento de trabajo. Hay evidencias de que el sistema funcionaba con diversidad de situaciones, pero es claro que existía una red muy fluida de contactos continuos.

R.H. América Latina cuenta con una considerable tradición de luchas y revueltas campesinas. El caso del proletariado agrícola empleado en las regiones de enclave, y más recientemente la coyuntura de movilización y virulencia en vastas e importantes regiones del subcontinente, no acaban de llamar la atención a propios y a extraños. Sin embargo, hay regiones en las que una situación de pasividad pareciera caracterizar la conducta de la población rural ¿Qué podría decirse de esos sospechosos silencios? ¿Qué tan real es la extendida suposición de la pasividad campesina?

R.G. Después de los trabajos de Jim Scott, me parece que la respuesta es clara. Los silencios en realidad no son silencios: son otros gritos más atenuados. Considero que el planteamiento con mayor capacidad explicativa es el de Scott: la manifestación constante de resistencia campesina que no se evidencia ni con revueltas ni con grandes expresiones externas, pero que toma cuerpo en una lucha

cotidiana, a veces sórdida. Esto existe por todas partes, de ahí la necesidad de reinterpretar —y no de descubrir— hechos, pues tienen una forma de expresión menos espectacular que la que tiene una revuelta. Es ilustrativo el caso de Cataluña donde en la época contemporánea no ha habido grandes revueltas campesinas. La revolución de los remensas de fines de la Edad Media tuvo una enorme trascendencia, pero en la etapa reciente el campo catalán se ha caracterizado por una cierta “pasividad” y los propietarios rurales catalanes se vanagloriaban de que aquí no había la tensión que existía en el mundo rural andaluz, por ejemplo.

Esta aparente paz social es cuestionada por algunos trabajos que muestran que existía una conflictividad latente que a veces se manifestaba mediante la destrucción de cosechas o hechos simbólicos poco espectaculares, pero que expresan un nivel de confrontación continuado. En algunas zonas, como en las del latifundio, las revueltas estaban acompañadas de una gran violencia, pero en Castilla, Galicia o Asturias la tensión existía, aunque sus formas de expresión eran menos visibles.

Hace falta encontrar las herramientas para abrir las capas de silencio que cubren el mundo campesino. En este sentido, los planteamientos de Scott aparecen como el instrumento más eficaz para interpretar este tipo de cuestiones. Desgraciadamente, en el caso de España se ha trabajado muy poco en esta dirección; se ha hecho una historia de las revueltas campesinas, una historia del sindicalismo de clase y del sindicalismo corporativo, pero el estudio de la lucha de clases del día a día, cotidiana y por lo general difusa, ha avanzado poco. Me parece que es esta la vía por la que hay que avanzar.

R.H. Pasando a otra cuestión, pero sin dejar de lado el contexto de América Latina, nos interesa conocer acerca de la experiencia desarrollada en España en el campo de los estudios agroecológicos ¿Qué resultados relevantes ha ofrecido este tipo de trabajo?

R.G. Para mi la experiencia más interesante ha sido, desde hace cuatro o cinco años, la creación de una plataforma pluridisciplinar. Con J. M. Naredo, y en el marco del

Seminario de Historia Rural, hemos propiciado el contacto entre historiadores, economistas, agrónomos, biólogos, edafólogos e investigadores relacionados con el mundo rural. El tema que abordamos en primera instancia fue el de la fertilización en las agriculturas tradicionales. Ahora estamos trabajando con el tema del agua desde este mismo enfoque pluridisciplinar.

Considero que los resultados desde el punto de vista historiográfico han sido relevantes porque han servido para poner énfasis en la necesidad de profundizar el análisis de los procesos físicos que intervienen en la producción agraria, y al mismo tiempo para replantear el estudio de las técnicas tradicionales. El conocimiento histórico permite recuperar saberes tradicionales del campesino y de la agricultura del siglo XIX, los cuales pueden ofrecernos alternativas razonables frente a tecnologías aparentemente muy productivas, pero que también pueden ser destructivas o irracionales por el consumo abusivo de algún tipo de input. Esta es una línea de trabajo y hay bastantes investigadores comprometidos con ella; sin embargo, aún hay un camino por hacer. Como mínimo ha servido para tomar conciencia de que no se puede hacer historia agraria sin contemplar el medio físico y mucho menos sin saber las técnicas que se han utilizado y sus efectos. Como planteamiento metodológico para el estudio de la historia agraria o rural, como se quiera decir, es un aspecto que debemos tener en cuenta. En mi opinión, no haberlo tenido presente en el caso español, facilitó la hipertrofia del planteamiento del "atraso agrario".

R.H. Si tomamos en consideración estos enfoques utilizados para el caso español, parece que en el caso de América Latina también se debe comenzar a incorporar una serie de temáticas que no se han trabajado. En este sentido, ¿cree usted que existan posibilidades para el estudio comparado de las economías agrarias latinoamericanas con las del sur de Europa? ¿Qué temas se podrían estudiar en un primer acercamiento?

R.G. La historiografía española, como todas, está un poco encerrada en sí misma. No sé si próximamente se podrá

hacer una historia agraria comparada, pero a través de nuestra asociación —el SEHA— estamos intentando contactar con otras asociaciones similares. Aún cuesta hacer planteamientos globales, con lo cual una buena historia comparada no es algo sencillo de concretar. En ocasiones se comparan cosas que no tiene ningún sentido. Hay que identificar el tipo de temas, pero sin duda esta es una línea de trabajo imprescindible e impostergable. Desde la perspectiva europea, el proceso de unificación abre espacios para realizar un tipo de aproximaciones historiográficas que pongan en correspondencia hechos más o menos comunes y hechos diferenciales. La unificación solo se puede hacer sensata si se encuentran también las diferencias, lo que se puede unificar y lo que tiene de diverso cada proceso histórico y cada marco nacional o regional.

Si trascendemos Europa, si pasamos el Atlántico, se tiene que pensar muy bien lo que se puede comparar, pues hay procesos históricos, sociales y políticos muy diversos. Yo repetiría lo que he dicho respecto de Europa. Que yo sepa se ha hecho poca historia comparada entre la agricultura española o europea y la latinoamericana o norteamericana, lo cual no niega las ricas posibilidades existentes. Se puede obtener resultados y parece relevante avanzar en este camino. Hay que prestar atención, pensar un poco qué es comparable y luego probar. La corta estancia de Mario Samper en Barcelona fue provechosa en ese sentido: cuando explicaba el tema de la caficultura, de algún modo aparecía la posibilidad de comparación con zonas de producción vitícola u olivarera, y seguramente se obtendrían resultados interesantes tanto para la historiografía española como para la latinoamericana. Las formas de organización del trabajo en relación con el medio natural y las características de cada cultivo, probablemente servirían para abrir vías fértiles de investigación en el ámbito de la historia agraria comparada.

R.H. En términos de las “formas de hacer historia agraria”, y procurando tender puentes metodológicos que sirvan de referencia o retroalimenten la experiencia investigativa latinoamericana, ¿qué podríamos decir de lo que se ha hecho en España a partir de la década de 1970? ¿Qué

experiencia se ha acumulado? ¿Qué podría proyectarse desde acá?

R.G. La historia agraria, como el resto de la historiografía española, recibió inicialmente una influencia importante de la historiografía francesa y posteriormente de la historiografía marxista anglosajona. Las tesis elaboradas en los años sesenta y principios de los setenta representan buenos ejemplos de un modelo francés de tesis doctoral de historia rural. Se centraban en la historia regional y se analizaba la demografía, producción y clases sociales, en suma, un poco de todo. Así se cubrió una buena parte de la geografía española. Después de transitar con ese modelo, y siempre muy conscientes de que constituía un primer acercamiento, creo que prosperó una cierta inquietud por saber lo que se hacía en otras historiografías: la inglesa, la norteamericana e incluso, más recientemente, la italiana.

Sorprende, por ejemplo, que Thompson no fuera traducido al francés hasta hace seis o siete años. Dudo que los franceses lean mucho inglés, en cambio aquí siempre ha existido una preocupación por estar al tanto del desarrollo de otras historiografías, particularmente la inglesa, que hasta cierto punto ha sustituido, por su fuerte impacto e influencia, a la historiografía francesa. Sigue existiendo preocupación por conocer lo que se hace en otros ámbitos historiográficos europeos, en términos de obras, enfoques y temas.

En este contexto apareció el Seminario de Historia Agraria —que es una asociación que agrupa cerca de trescientos historiadores del mundo rural, de áreas de conocimiento diversas— que ha dado lugar a una experiencia muy positiva. Nuestra revista, “Noticiero de Historia Agraria”, a partir del próximo número se llamará “Historia Agraria” y ha servido para debatir y proyectar nuestro quehacer. Creo que no es falsa modestia decir que esta publicación se ha convertido en una de las de mayor peso en el nivel europeo. No sé si esto constituye o no un modelo específico; en todo caso, es una experiencia interesante dentro del panorama historiográfico español y quizá valdría la pena intentar reproducirla o aplicarla con perspectiva abierta al exterior.

R.H. Al escucharlo da la impresión de que en realidad no existe una crisis de ciertas temáticas o especialidades. Desde su punto de vista, la historia económica no estaría pasando –en sentido estricto– por una crisis. Los balances que se han realizado miden sobre todo la cantidad de producción, y aunque se produce menos cantidad que antes, parece que lo que en la actualidad se hace es de mucho mayor calidad. ¿El beneficio deriva, según su punto de vista, de un importante proceso de maduración?

R.G. Esto es cierto y hasta cierto punto lógico. Yo empecé mi tesis doctoral en 1966 y la terminé en 1974. Por diversas circunstancias era muy difícil profesionalizarse. Esto ha cambiado visiblemente. Empieza a haber muchos estudiantes que acceden a una beca, que pueden hacer un doctorado, que pueden sobrevivir y continuar estudiando gracias a ciertos recursos, lo cual permite que las tesis doctorales sean de un alto nivel. Salen trabajos muy buenos, otros menos, pero la calidad media es notable y creo que ha mejorado.

Con respecto a la temática, los temas clásicos están más de moda o menos de moda, pero precisamente son clásicos porque supieron plantear cuestiones centrales y por tanto reaparecen. La propiedad y la producción exigirán un replanteamiento continuado, de hecho se han retomado con menos retórica, lo cual es bueno porque nos permite elaborar análisis más precisos.

Me parece que estamos en mejores condiciones de aprehender fenómenos del pasado si hemos aprendido algo del presente. En mi opinión la historia no está en crisis; por el contrario, con respecto a la historia agraria, se está en una situación de madurez. El reto para los próximos años será integrar mejor la historia técnica, la ecológica y la económica con la historia social y política. En suma, esto es lo que nos espera.

Barcelona, 6 de abril de 1998